

La entraña de la Gloria

Luis León Vázquez

Alejandro López López

La historia personal de Luis León Vázquez no comienza el 1 de marzo de 1939, día en que nació, sino una lejana madrugada de su infancia cuando quedó embelesado por aquel majestuoso tren dorado, aquella poderosa locomotora de gracia popular que al pasar dejaba tras de sí un reguero de humo blanco y corazas. Esa noche nació a la única vida que entiende, y su partera fue quien a él no le hace falta nombrar porque de tratarse durante tantos años la considera una más de su familia; mejor dicho, la primera de su familia. "Nací en San Pedro. Soy el pequeño de tres hermanos. Después mi familia se fue a vivir al edificio de la Unión y el Fénix, en la esquina de la Plaza Nueva y la Avenida. Yo he sido siempre mal estudiante. Desde chico era muy aficionado al tambor y me subía a la azotea del edificio con mi tata a ver los pasos, porque me gustaban las bandas. Sobre todo, los armaos, era lo que más me gustaba ver en Semana Santa. Mis padres no me dejaban salir a ver los pasos, así que me subía a la azotea y cuando llegaba ese paso del Señor de la Sentencia, con esos armaos detrás, de los nervios me tenían que sujetar para que no me tirara. Luego venía la Virgen, pero me daba coraje porque desde tan alto no le veía la cara. Mi tata, que era muy macarena, me decía "Ea, niño, nos vamos a ir a la calle Feria a verla pasar". Aquello me encandiló, me enganchó para siempre. Yo vi a esta "Señora" y aquello era otra cosa. Fue un milagro, todo ha sido un milagro para mí y mi familia desde que me encontré con Ella". La sinceridad tiene una franquicia en la boca de Luis, habla tan claro y directo que no hubiera pasado el examen de acceso a la carrera diplomática. Prefiere decir su verdad que quedar bien con la gente, aunque eso le haya traído más de un problema. La sutileza es un traje que le aprieta, un corsé que no le deja expresar lo que siente. Así que a este macareno, con cuerpo

de ex jugador de baloncesto, hay que dejarlo ser como es, y que cuente sus recuerdos con esa acracia tan peculiar, que le hace saltar de un momento a otro de su vida sin orden ni concierto, en un carrusel anárquico de vivencias que atrapan desde que abre la boca. Cortar esa espontaneidad es mostrar a un Luis León de mentira, organizar sus recuerdos a posteriori en este texto es robarle frescura a una mente maravillosamente desordenada, mover de sitio cada anécdota es traicionar una personalidad tan marcada. Así que respetaremos su relato, con sus saltos e incisos, con sus lagunas e imprecisiones, porque es la mejor manera de respetar a este capataz macareno. El lugar de aquel primer encuentro entre el pequeño Luis y la cofradía de la Macarena parecía premonitorio de lo que sucedería en adelante entre ambos: la Unión y el Fénix. Unión tan fuerte que su vida no se entiende sin la Hermandad y la Virgen; y la resurrección del Ave Fénix encarnada en cada decisión de Luis, que con una valentía rayana en la temeridad fue construyendo su leyenda como capataz. En aquella azotea la vida de aquel niño cambió para siempre. "Empecé a crecer y tenía que estudiar, pero era mal estudiante. En el edificio de la Unión trabajaba un gran macareno, Juan José Borjabad. Me bajaba con él, me traía estampas y me hablaba de la Hermandad. Sobre 1956 Borjabad me dijo "Tú vas a ser hermano, no te preocupes que te vas a vestir en mi casa", y allí me vestí. Cuando llegué a la Basílica, me dijo "Quédate debajo del arco, pegado a la pared", y luego me trajo un cirio. Iba en el Cristo. Así salí tres años".

Hasta llegar a tocar el timbre de la gloria, ese que tiene forma de Arcángel matando al dragón del pecado, Luis tuvo que escalar la pared de la cofradía avanzando a golpe de valentía. El primero de estos golpes lo dio

en la madrugada de 1957, dando un paso adelante cuando muchos de los que le rodeaban prefirieron no hacerlo. "Ese año el torero Ignacio Sánchez Mejías llevaba la cruz de guía y yo, como siempre, iba de nazareno justo detrás, en el primer tramo, porque no tenía antigüedad. Al llegar a la Catedral veo movimiento alrededor de la cruz de guía, el torero se va a una esquina y dice que no puede con la cruz. Entonces el diputado se puso a buscar a gente, yo me acerqué para preguntarle qué pasaba. Me explicó lo que había, además Sánchez Mejías se había ido con el correa y todo. Entonces le dije que yo la llevaba, y así lo hice desde esa noche durante dieciocho años". Lo dice con orgullo, pero reconoce que "hay un hermano que me gana, Salvador Cardoso el Pipanda, que se llevó sacando la cruz de guía tres años más que yo, veintiuno".

Para ese joven que pocos años atrás se moría por ser de la Macarena, abrir la cofradía de sus sueños y anunciar a la ciudad que llegaban los hijos de la Esperanza, era un privilegio. "Cogí la cruz de guía y me creía que estaba en el paso, que era un romano de los de arriba. Al llegar a Meguerri, en la calle Chapineros, los que venían a mi lado dejaron allí los faroles y tuve que seguir solo. Al año siguiente cogí a Vicente Batelli, le pregunté porqué no se hacía hermano, y luego trinqué a otro, Paco Bungal, para que se vinieran los dos conmigo a la cruz de guía con los faroles. Los primeros años, al salir de la Catedral, no los dejaba ni orinar. Paco Bungal se quedaba medio dormido de pie y le pegaba en la cabeza para despertarlo". Lo cuenta con una sonrisa pícarona.

Mientras seguía sacando la cruz de guía se produce su primer contacto con los martillos en otra Hermandad, la del Cristo del Amor. Él ya se movía en los ambientes de los capataces, sobre todo acompañando a su amigo y maestro, Manolo Santiago. "Don José Gutiérrez Mora, el Director Espiritual del Amor, me pidió que sacara el paso de la Virgen del Socorro, y yo, que tenía mucha amistad con Manolo Santiago, le pedí ayuda. Manolo siempre me advertía "Luis, que esto se está acabando", era muy inteligente y veía que el sistema de los costaleros profesionales estaba dando las boqueadas. Así que Manolo se prestó a ayudarme. Sacamos el paso para el ensayo, y el cura de El Salvador me dijo que le diéramos una vuelta por fuera. Fui con mi traje oscuro, vestido de capataz, pero Manolo se presentó con la cubana de verano, me puse malo y me dijo "no te preocupes, que yo voy en el lado del paso y te ayudo".

Es su referente en el martillo. De él aprendió a ser capataz y, sobre todo, a cuidar a la gente de abajo, a querer a sus costaleros, a mimarlos. Esa es la gran enseñanza de Manolo. Pero Luis también reivindica la



figura de su maestro como el impulsor de las cuadrillas de hermanos costaleros. "Manolo Santiago fue un visionario. Decía que esto se acababa cuando había gente mandando tan buenas como los Ariza, los Bejarano, Borrero, Salvador Dorado El Penitente, Vicente Pérez Caro, Villanueva, Manuel Moreno, Domingo Rojas, Adame, los hermanos Rechi... era la época dorada de los capataces. Sin embargo, supo adelantarse a su tiempo y adivinar que el futuro era las cuadrillas de hermanos".

Luis no era capataz, tuvo que hacerse capataz en un momento crucial para las cofradías de Sevilla. Peleó ganarse el puesto compitiendo con la vieja guardia y sus cuadrillas de profesionales, en las que muchas veces el jornal era la leña que alimentaba la devoción. Él era un extraño en ese mundillo, un arribista que, además, defendía las cuadrillas de hermanos, que era lo mismo que empuñar la puntilla para los profesionales. En ese ambiente era lógico que levantara recelos, que vencía a fuerza de valor, anteponiendo sus ganas y su afición a cualquier análisis lógico. Es en todo así, su acción siempre va por delante de su reflexión, para lo bueno y para lo malo. Un nuevo paso adelante, como el que dio al coger la cruz de guía, le convirtió en capataz casi sin darse cuenta. "El Amor lo saqué con una cuadrilla de hermanos ayudado por Manolo Santiago. Me enfrenté con el Hermano Mayor porque me veía como un niño, figúrate yo con treinta y seis años al lado de aquellos capataces y costaleros curtidos de la época. Dio la casualidad que yo era además Mayordomo en el Amor. El Penitente me dice que tenía que pagarle. En la Hermandad me dijeron que hiciera lo que quisiera pero que la mudá la tenía que hacer Salvador, pero respondí que no, que nosotros llevábamos el paso de Cristo hasta el almacén. Así lo hicimos, y cuando llegó Salvador, que llevaba diecisiete años sacando el paso, me planté y le dije que no cobraba porque lo habíamos llevado nosotros. "Ahí te quedas con tu amigo Manolo Santiago", me soltó. Pero Manolo me tranquilizó, me propuso que yo sacara el

Cristo y él se iba a la Virgen. Y así empecé yo de capataz".

Su obsesión era trasladar aquella experiencia, que ya daba buenos frutos en el Amor, a la Hermandad de la Macarena. Confiaba en la fuerza de su Hermandad y en la de los jóvenes macarenos para afrontar ese reto difícil, porque la Macarena siempre ha estado en el punto de mira del resto de hermandades. Este hombre de mirada azul turquesa es astuto, sabe qué teclas tocar para lograr la melodía que busca, y eso fue lo que hizo al implicar en este asunto a otro gran macareno para así presionar en la Junta de Gobierno. "Cuando pasaba con el Amor y veía a Manolo Martínez, le decía "Martínez, esto que estoy haciendo aquí deberíamos hacerlo en la Macarena". Manolo Martínez y Antonio Ángel Franco el Melli, que eran miembros de Junta, machacaban en los cabildos al Hermano Mayor, Don Eduardo Miura, para convencerlo de sacar hermanos costaleros, primero en el paso del Rosario. Pero era el último año de mandato de Miura, 1975, y no se atrevía. Martínez y el Melli insistían en probar con la cuadrilla de hermanos, y como ese año Salvador ya estaba contratado, pidieron sacar el Rosario para ir probando a los chavales conmigo". Nuevamente funcionó a la perfección el tándem León-Santiago, ambos se aliaron para que esa primera prueba saliera a la perfección y convenciera a la Hermandad, a pesar de las zancadillas de la vieja guardia. "Cuando llegó la hora, Manolo Santiago me aconsejó igualar el paso como siempre. Me fui a buscar a Don Eduardo Miura. Le expliqué que la gente de la casa estaba preparada y que los ensayos habían ido estupendos. Al llegar, Salvador Dorado pidió cobrar, y cobró, pero salimos nosotros con la Virgen del Rosario". Ese 24 de octubre de 1976 quedaría en la historia de la Hermandad, fue la primera ocasión en que una cuadrilla de hermanos costaleros macarenos sacó el paso de Nuestra Señora del Santo Rosario. Dos días después El Penitente presentó su dimisión como capataz de la Hermandad.

La procesión del Rosario se desarrolló a la perfección, el éxito de los hermanos costaleros era una realidad, ya solo restaba demostrar que la cuadrilla estaba preparada para hacerse con los pasos del Señor de la Sentencia y de la Virgen de la Esperanza. En esa labor de convencimiento vuelven a ser fundamentales el Melli y Martínez, que insisten en cada Junta en dar una oportunidad a los hermanos costaleros. Cuentan ahora con un nuevo Hermano Mayor, Don José González Reina, quien animado por los dos oficiales, habla con Luis y "me pregunta si es difícil sacar los pasos con hermanos. Le expliqué que yo ya tenía práctica en el Amor y le convencí de que esto no tenía ya vuelta atrás, que tenía que ser así, con hermanos, que la Macarena no podía quedarse atrás. Le propuse que me probara, eso sí, le pedí empezar ya con los



ensayos. Era pleno verano. Entonces Fran Narbona, Guillermo Orellana y Teté me ayudaron, se llevaron todo el verano en Sevilla para encontrar a hermanos que quisieran sacar al Señor, pero había muy pocos y tuve que traerme a gente del Cristo del Amor".

Luis era consciente de la responsabilidad que había asumido y sabía que todas las miradas, tanto dentro como fuera de la Macarena, estaban puestas en él y en los suyos. Incluso había quienes cruzaban los dedos por que aquello resultase un estrepitoso fracaso. Así que tomó las riendas y se propuso no dejar nada a la improvisación, prepararlo todo con tiempo y llegar a la siguiente Semana Santa con una cuadrilla de hermanos de plena confianza. "Empezamos a ensayar sin relevos, creo que por el mes de septiembre. Cogimos el paso de ensayo del Señor, y todo iba magnífico. Cada vez los ensayos salían mejor. Entonces trinqué a Miguel Loreto, que tenía mucha labia, y le dije que animara a la gente de abajo, que para eso era el mejor. Se metió debajo, y yo no sé cómo lo hizo, pero montó una especie de estantería, como si fuera un mini bar, y volvió a la gente de abajo loca, se la ganó al momento. Las cosas de Miguel...". Y llega la madrugada del Jueves Santo, 8 de abril de 1977, la verdadera prueba de fuego para aquellos chavales que rebosaban ilusión y ganas de llevar a su Señor como solo pueden hacerlo los suyos. Más que una cuadrilla, Luis había reunido un escuadrón de macarenos, una guardia pretoriana con costales y fajas dispuesta a dejarse las asaduras debajo con tal de no defraudar a su capataz y de no defraudarse, y sobre todo, de no fallar a su Hermandad. La tensión se apodera de los alrededores del paso cuando se presentan en el interior de la Basílica los capataces contratados, los hermanos Rechi. "Llegaron para sacar los dos pasos en la madrugada, y al ver que estábamos dispuestos a llevar al Señor, se empeñaron en que su gente tenía que dar una chicotá en el paso de Cristo. Este guiso lo he hecho yo y me lo como yo, les dije. Se fueron mosqueados, miré a la Virgen para que me ayudara, para que todo saliera bien. Luego dije a los míos que no se podían salir de debajo del paso para nada, ni en la Basílica. El hijo del Hermano Mayor me llamó porque su padre quería verme. Estaba con los Rechi, que se quejaban porque no queríamos dejarles dar una chicotá en el Cristo. Al final se llegó a un acuerdo, les propuse que si íbamos mal, ellos cogían al Señor. Les pareció bien, pero pusieron una condición, "nosotros tenemos que meter el paso en la Basílica y lo vamos a coger en la Encarnación". "Po mu bien", les dije para que se callaran. A los míos no les dije nada. El paso iba de lujo y los armaos esa noche tocaron como nunca, entramos en la carrera oficial con la gente de pie y aclamando a los costaleros. Iban los justos por palo, seis, así que les dije que se corriera el palo y se saliera uno para ir turnándose. Como no



sería la cosa, que algunos no se querían salir en todo el recorrido". Luis achica sus ojos en este punto del relato, señal inequívoca de una mente astuta, de alguien que ha previsto la jugada y sabe cómo adelantarse para que no le arrebaten lo que es fruto de su trabajo y su fe. "Yo sabía que la gente de los Rechi se estaba haciendo la ropa en la Encarnación. Los placeros nos habían preparado un desayuno, y le pedí a Miguel Loreto que aguantara a la gente debajo para que no se salieran ni a desayunar. Aparecieron los costaleros de los Rechi y levantaron el faldón para sacar a los míos, y...". Este león de pelo blanco no puede continuar, se la acaban de asomar las lágrimas a los miradores de sus claros ojos y es incapaz de articular palabra. Levanta la barbilla y estira el gañote como si el cuello de la camisa le apretara; es inútil ese gesto porque lo que le está apretando hasta ahogar sus palabras es la emoción. Reprime las lágrimas e intenta reponerse. "Y entonces cogió la Centuria y se puso alrededor del paso del Señor, no dejaron entrar a los de Rechi". Detiene su narración otra vez, el llanto apunta y se quiebra la que fue la voz de mando más enviada en Sevilla. "Allí se plantaron los armaos y les dijeron a los costaleros de los Rechi "ellos son hermanos y macarenos, y lo traen extraordinariamente, así que no entráis". Nueva pausa para suspirar. Ya repuesto, resuelve el final de ese momento de maravillosa tensión. "En esto que vino uno del palio corriendo para avisar que no podían con el paso de la Virgen, así que los costaleros de los Rechi tuvieron que irse para ayudar a los otros".

Su nombre es un resorte en el alma de Luis León, cada vez que lo pronuncia durante la conversación pulsa una especie de hipervínculo que le lleva a hablar de Ella, aunque en ese momento rompa el hilo narrativo de lo que estaba contando. No puede evitarlo, decir su nombre o insinuarlo obliga a este macareno gigantón a hacer profesión de fe, en Ella, claro. "Es que la Virgen me ha hecho milagros, muchos... ni mi familia ni mis hijos ni mi mujer. Para mí, lo primero es Ella". Alguien que cifra el sentido de su vida en la Esperanza se vio desbordado cuando le anunciaron que sería el nuevo capataz de su paso de palio. Su viaje existencial lo llevaba desde la azotea de su niñez hasta el lugar más privilegiado de la tierra, en la proximidad más absoluta a esa franquicia de Dios que es su entrecejo. "Yo estaba en el campo y cuando me dijeron que iba a sacar a la Virgen, me venía una vez en semana a prepararme, porque aquello era una responsabilidad enorme". Acaba de abrir las compuertas de la dársena de sus mejores recuerdos, esos que ha ido acumulando a los pies de la Esperanza. Allí, delante de Ella, actuaba como los siervos que acompañaban a los emperadores romanos para recordarles que eran mortales en medio de las aclamaciones de su pueblo, susurrándole al oído memeno mori, pero Luis lo hacía en un sentido

contrario, anunciando el memento vivere a la gente que la miraba, llevándoles la certeza bajo palio, esa Cara que proclama que las vidas jamás se extinguen para Dios. Él sabía del privilegio de su sitio y de la invisibilidad impuesta por la luz de la Esperanza. "No te puedes imaginar cómo habla la gente con la Virgen en la calle. Nadie mira el palio ni las caídas, ni las velas, ni el manto, ni las flores. A la gente le da igual todo eso. La miran a Ella y le hablan a Ella. Se me vienen recuerdos, muchos. Recuerdo una señora que no paraba de decirle "Madre, mira que tengo la vela aquí y no la enciendo porque a mi niña no se le quita la fiebre". No paraba de repetirle eso, y otra señora le dijo "Déjala, que la estás cansando". La de la vela respondió "¿Dónde me voy a ir a pedir por mi niña?". "Pues a otra Virgen que hay en una iglesia ahí al lado", le dijo la otra. Y aquella mujer, sacando fuerzas de donde no las tenía y con una convicción que me desarmó, le respondió "Esta lo aguanta todo y te lo da todo, porque se llama Esperanza".

Pocas veces pronuncia su nombre, se refiere a Ella con la familiaridad de quien la considera una más de su casa, o él uno más en su casa. Cuando la llama por su nombre, lo hace remarcando las dos últimas sílabas, que surgen como aplastadas por el peso de la fe y la devoción de quien las pronuncia. "La Virgen está en todos los cuartos de mi casa... Esa gente que veías por la calle cuando Ella salía de madrugada es la que de verdad te enseña a quererla y a respetarla, a rezarle, y la mayoría ni es hermano. Pero te enseñan que Ella es única y que les hace falta. Y la Virgen sale a la calle para ellos, para los que la necesitan. Venían y me pedían una flor del paso, a mí me ponían en un apuro porque quitarle una flor a la Virgen ya me dirás... total, que como te lo pedían con esa fe y esa devoción, a la remanguillé se la daba... y alguna de esas personas después de un rato, se me ha llegado a acercar para decirme "te voy a dar un beso porque mi niña ya está en la calle, está buena, me acaban de llamar para decírmelo". Supera un quiebro de la voz por la intensidad emocional con que narra todo lo de la Virgen, y continúa "Ella me embelesa, vengo todos los jueves del año porque no puedo estar sin verla, hasta se murió un tío mío en jueves y no fui al entierro por venir aquí. Ella es la que me da una fuerza extraordinaria".

Confiesa que no es un hombre de "palabras ni de letras", que no sabe expresar lo que siente en su interior. Y está radicalmente equivocado, porque transmite sus emociones y pensamientos con una fuerza desmedida, cuenta sus recuerdos con una sinceridad y una pasión que vencen cualquier cortedad de vocabulario. No le hace falta ningún diccionario para hablar de la Esperanza, Luis León es en sí mismo uno de los mejores diccionarios que la Esperanza tiene

para explicarse. Pone tal intensidad en rememorar sus vivencias que llega a ser vehemente, caudaloso. Dibuja escenarios con los pinceles de la pasión y el agradecimiento. "Me he llevado veintiún años delante de Ella. Es algo distinto, las mariquillas de su pecho tú las miras y se mueven, parece que está respirando. Yo no sé explicarlo, pero Ella está viva, respira. ¿Y aquí en la Basílica que me fijo que entran los extranjeros y sin que nadie les diga nada se descubren, se quitan las gorras que traen puestas? Ella infunde respeto". Y remata con uno de sus arranques de sinceridad sin maldad alguna. "Hay otras Vírgenes que están para llevarlas en ambulancia, venga a llorar y a llorar, con cara de pena, pero Esta está para pedirle todo lo que quieras".

El tono de su voz se torna grave, se apodera de sus palabras una ronquera bajo la que se adivina una tristeza irreparable. Acaba de hablar de su paraíso, la delantera del paso de la Esperanza, y ahora empieza a hablar de su infierno, que es todo lugar donde Ella no está. Porque para Luis, y aunque él no lo llegue a reconocer, las Semanas Santas desde que dejó el martillo son un verdadero infierno. "Desde que dejé de sacarla, no salgo en Semana Santa, me quedo en mi casa metido. Yo veo la Virgen en la televisión y me quiero morir. Ese día no puedo poner los pies aquí - por la Basílica- porque me desarmo". La tristeza nunca vence en este macareno, así que para quitar el plomo de la melancolía del ambiente comente una travesura verbal. "Que nadie se preocupe, al cielo vamos a ir todos los macarenos, el infierno no existe... allí el único que está es mi suegro".

Quizás no sea hombre de palabras, pero en las cuestiones de la devoción y la fe macarenas posee una sabiduría enorme, intuitiva y radical. Al igual que los Padres de la Iglesia y los grandes teólogos han reflexionado sobre el vacío de Dios y la ausencia de la esperanza en el hombre, Luis León lo hace de una manera más natural y de andar por casa, no por ello menos profunda ni trascendente. No le hace falta escribir ninguna summa, es capaz de hundir las manos de su pensamiento en el núcleo de la fe en Dios con una simple anécdota, un auténtico tratado sobre el desamparo del ser humano ante el silencio de Dios y la angustia existencial por la ausencia de la esperanza. Y lo cuenta con una sencillez apabullante. "Te voy a contar una cosa que me pasó. Saco el paso un año, y al salir, de pronto, me dice Batelli que parara porque se había caído un candelero. Total que bajo el paso, Abelardo con la escalera estaba ya preparado. Mientras arreglaban el candelero, me fui para atrás, me puse por detrás del paso y miré para dentro de la Basílica. La puerta del camarín estaba cerrada. No había nadie en la iglesia y a mí me dio miedo, ver aquello tan solo sin la Virgen. Me volví entonces y vi el paso que

empezó a andar. Desde allí, me fijé en que todo el mundo le estaba buscando la Cara, y yo allí detrás de su manto tan solo. Me dio miedo, tanto miedo que pensé "yo cómo puedo perderme esa Cara". Así que aligeré para ponerme delante de Ella. Y al verle la Cara, se me pasó la jindama, ya estaba a gusto. Se lo dije a Caro Romero para que hiciera un poema sobre esto, en el que describiera cómo la gente no anda sino que solo buscan su Cara. Nadie se fija en nada del paso".

Ser su capataz es un regalo de la Virgen, pero Luis remarca que ser su costalero es otro regalo de Ella, un privilegio. Los costaleros de la Esperanza son elegidos, eso lo tiene claro. "Ningún costalero en mi vida me ha dicho que eso no le gustaba, que se iba. Miento, solo hubo uno que un verano me vio tomando café en la calle Sierpes y se me acercó. Me dijo que no quería salir más porque su padre era de izquierdas y le repetía que eso era una tontería, y su madre se asustó porque llegó señalado. Total que le respondí "tú piénsalo". Pasó el verano, llegó la hora de los ensayos y no lo apuntamos, tampoco se presentó. Salimos en la madrugada con el paso y antes de llegar al Valle estaba en primera fila con su padre y su madre. Paro el paso allí delante de ellos, y el padre se viene para mí y me dice "Mi hijo tiene que meterse otra vez ahí". Yo no podía ni llamar, no me salía la voz de la emoción, y le pedí a Antoñito que llamara. Y volvió a salir de costalero al año siguiente. ¿A ver quién consigue eso si no es Esta?".

Toca ahora regresar de este enorme paréntesis que ha dedicado a la Virgen para seguir recordando qué pasó tras el primer año delante del paso del Señor de la Sentencia. "Ese año todo fue bien. Al siguiente me dicen que vaya a la Virgen y meto a Alejandro Ollero en el Señor. Le pedí a Manolo Santiago que viniera conmigo, pero él prefirió que se viniera en la Virgen a su hijo, Antonio Santiago". Luis no tiene dudas, si para él Manolo Santiago es su maestro, su hijo Antonio, como capataz, "es el mejor, aunque sea más serio que yo en el trato con los de abajo". A esos de abajo "hay que hablarles, hay que animarles, y eso me lo enseñó Manolo". Otro arranque de sinceridad sin freno, que nace del respeto absoluto hacia los costaleros macarenos, le hace afirmar algo que, analizado en profundidad, va en contra de sus méritos como capataz. "Fíjate bien lo que te digo, que cualquiera de los que hay aquí puede sacar el paso, porque la entrega es distinta en el costalero macareno que en otras cofradías. Lo de menos aquí es el capataz, la gente de abajo es la que hace el milagro de llevarla".

La Hermandad de la Macarena es punto y a parte para él, tiene unas señas de identidad que defiende hasta las últimas consecuencias. No respetar esos códigos



escritos por el buen gusto de los macarenos de todos los tiempos y depositados como la mejor herencia para los del presente y el futuro es una falta de respeto, casi una ofensa para Luis. Tanto es así que se indigna cuando recuerda uno de esos episodios. "A Ollero tuve que llamarle la atención porque ensayaba con discos que no eran de la Centuria. ¡Por Dios! ¿Eso cómo se puede hacer? Me acuerdo que esa noche del ensayo precisamente estaba en la puerta Antonio Ordóñez, el torero, y va Ollero y ipone la Banda del Arahall!". Acaba la frase gritando, con la cara encendida de indignación, y baja un poco el tono de su voz. "Esos armaos cómo suenan, que no se parece a nada, que nada más escuchar el tambor ya sabes que viene la Centuria". Luis tartamudea, vuelve a levantar la barbilla y a estirar el gañote, no entiende que haya alguien que no entienda estas cosas. "Es que la Macarena es la Macarena, lo demás son advocaciones. Pero es que Esta hace cosas de verdad. Yo soy un enamorado de esto".

Quizás sea un mecanismo inconsciente para no alterarse más de la cuenta, el caso es que ahora vuelve a retomar el hilo de la charla sobre la figura de su maestro en el martillo. "Una tarde de Jueves Santo estaba en mi casa, yo sacaba la cruz de guía. Manolo vino a buscarme. Yo estaba acostado y me dice que me vista para ir a la Catedral. Entramos y nos fuimos a una esquina, estaba el paso de Los Caballos parado y los costaleros fuera venga a hablar y a reírse con el Santísimo allí delante. Y Manolo me dijo "¿Lo estás viendo? Esto hay que quitarlo, tienen que salir los hermanos en los pasos". Fíjate si fue inteligente". Y salta, en ese caos ordenado u orden caótico que es su conversación, hasta uno de sus principios como capataz: "En la Virgen yo nunca he llevado dobles cuadrillas. Tampoco soy partidario de meter más trabajaderas, porque la gente no tiene espacio para andar debajo, están incómodos y se van pisando unos a otros". Entre recuerdos y anécdotas, Luis va dejando sus convicciones sobre los requisitos para ser no solo capataz de la Macarena, sino también costalero. Esas convicciones las asienta sobre el pilar inamovible de la unicidad de la Hermandad de la Macarena, a la que considera non plus ultra. "Esto es tan grande que hay que dedicarse en cuerpo y alma. Por eso exigía que los costaleros solo salieran aquí, y Joaquín Sainz de la Maza, el mejor Hermano Mayor que yo he conocido en la Macarena, hizo un Cabildo para aprobar aquella norma. Eso debe ser así, nada más aquí, que hay gente que viene desde el extranjero por sacar el paso. Aquí tiene que ser todo el mundo de la Macarena, porque esto es único". No puede evitar que le invada una vez más la nostalgia, casi sin venir a cuento suelta esas mariposas oscuras que le siguen haciendo daño en el estómago en forma de una frase, dura y terrible, pronunciada con un hilo de voz: "Me duele mucho ver

que sale el paso y que me tengo que ir a mi casa". "Yo me fui destrozado de capataz. He disfrutado mucho... lo más grande en mi vida, esto, ni mi familia siquiera. Esta es la Señora, es para pedirle lo que haga falta, y nunca me ha negado nada, Ella me ha dado lo que necesitaba. Qué me importa a mí nada, si esto ha sido lo más grande. El nacimiento de mi madre y la Virgen, lo mejor de mi vida".

Tanta carga emocional no hay quien la soporte, por eso se la sacude retornando a los recuerdos felices, en concreto los de su primera madrugada tocando el martillo de San Miguel Arcángel. "El primer año fue magnífico. Llevaba dos relevos por palo. Recuerdo perfectamente mi primera llamada de la Virgen. Antes de llamar estábamos todos muy nerviosos y González Reina me dijo "ya sabes la responsabilidad que tienes". Manolo Martínez salió de costalero, aunque lo tuve que sacar porque de vuelta venía tocado -sonríe socarrón. Íbamos los justos, así que de derecha a izquierda se fueron saliendo para correr el palo y hacer así los relevos". Se le agolpan los instantes en su mente, los recuerdos se le amontonan como los pétalos en el techo del palio de la Esperanza. Tantos momentos que se angustia al no poder contarlos todos, querría hacerlo y dejar constancia de cada segundo que ha pasado delante de la Virgen para no perder ninguno de ellos. Sabe que por los agujeros de su memoria se le están escapando retales del paño de su vida, no en vano trae para la entrevista como contraguías a Pedro Bohórquez y Francisco Narbona, atentos siempre para ayudar cuando a Luis se le olvida algún nombre o alguna fecha. Sin embargo, en su interior hay recuerdos que siguen resplandeciendo y venciendo a los olvidos. "Otro momento bonito fue la entrada de la Virgen el año en que se le cayó la caída delantera del palio en Montesión. Eso fue en 1981. Abelardín se subió y medio arregló aquello. El paso venía divino, aunque todas las levantás las tuvimos que hacer a pulso aliviado. Cuando ya llegamos aquí, los costaleros estaban deseando seguir, iban entregados, y les dije "Vamos a pegar una levantá en condiciones porque ya estamos dentro". Fui a coger el martillo y salió una voz de abajo "Luis, vamos a levantar por los macarenos que hay en el cielo". Fue un costalero, no he sabido nunca quién fue. Llamé y el pasó voló. El aplauso que le pegó la gente fue enorme. Y esa levantá se sigue haciendo todos los años, por los macarenos del cielo", y remata la frase dando un imaginario golpe de llamador con los nudillos en la mesa.

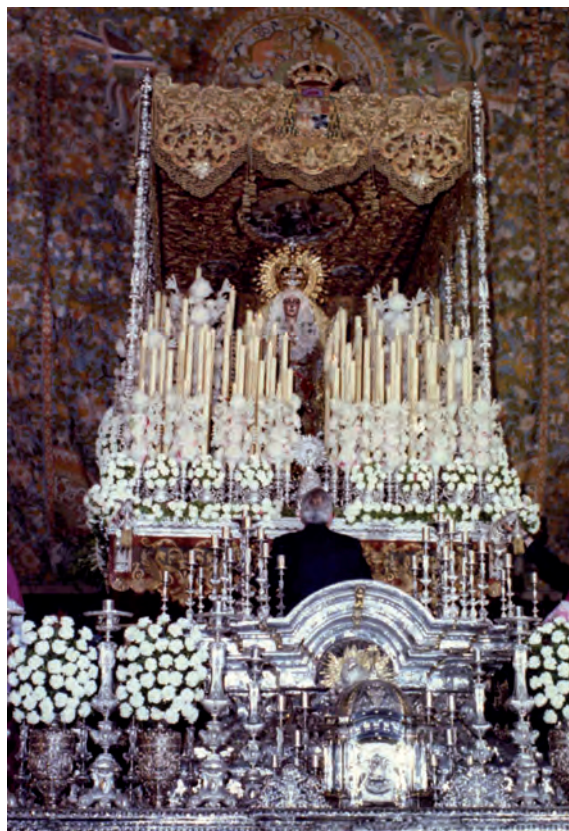
El costalero es sagrado para él, lo considera un héroe. Su función como capataz consistía en cuidar a esos héroes anónimos. El costalero es el centro de todo para él. "Que no haya peleas, el costalero debe disfrutar. Yo me llevaba a los costaleros durante el resto del año por ahí, salíamos juntos y disfrutábamos. Así luego



estaban unidos y todos iban a una debajo". "A mí me enseñó Manolo Santiago a animar a la gente, no puedes echar broncas, hay que dejarlos respirar y hablar. Yo tenía un truco, que lo descubrí con Salvador Dorado, me fijé que cuando había visto algo chungo ahí debajo se iba a la trasera y ponía de vuelta y media al contraguía. Los de abajo se enteraban, pero no les reñía a ellos. Yo lo hacía con mis contraguías, les formaba un escándalo, y así los costaleros no se ponían nerviosos. Un costalero no puedo estar nervioso, tiene que estar a gusto".

Ser costalero además es, para Luis, un sello de calidad, quien ha sido bueno ahí abajo será mejor en los trabajos de arriba, casi apuesta por una "colonización" de la gente del costal. "¿En la Junta de Gobierno que hay ahora? Muchos que fueron costaleros, y más que tienen que entrar. Antiguamente los miembros de Junta eran Don Fulano y Don Zutano, uno que tenía seis cortijos y el otro cuatro fincas... ¡Los costaleros son los que van a ser los Hermanos Mayores de la Macarena!".

Otro de sus principios es el respeto reverencial a la figura del capataz, tanto que la sacralizaba convirtiendo los momentos previos en todo un ritual. Ser capataz es una cosa muy seria, y ser el de la Esperanza aún más, por eso vivía con solemnidad ese día, casi ascéticamente, otorgándole un sentido más profundo que el del simple hecho de conducir un paso. Como el sacerdote que lleva el Santísimo a los impedidos, Luis portaba la Esperanza, la que cura toda herida, se la acercaba a los afligidos y a los necesitados, a aquellos que más la necesitan, a aquellos por los que sale a las calles, y eso es de una seriedad absoluta. Aunque no es de verbo fácil para explicar estas cosas, lo insinúa al contar cómo se preparaba antes de la madrugada. Solo quien es consciente de esa alta responsabilidad actúa así. "El Jueves Santo no salía de mi casa. Ni pisaba la calle. El Miércoles Santo de madrugada venía a ponerle las flores a la Virgen y el último clavel se lo ponía yo, me lo daba Ramitos. Cuando ya entraba la



Virgen me llevaba ese mismo clavel a casa hasta que se marchitaba, luego lo enterraba. El Jueves Santo no quería que nadie me hablara, fíjate cómo sería que murió una sobrina mía y no me dijeron nada. Me llevaban la comida al dormitorio, no salía del cuarto". Nada era impostado, sufría y disfrutaba de puertas para adentro, era consciente de la alta responsabilidad que tenía en su voz y en sus manos, sabía que era un privilegiado, uno entre todos. "Con tantísima gente que podía sacarlo, y yo era el que mandaba este paso... es que esto es muy grande, no se puede explicar. Ella sola... parabas el paso y la veías allí sola, y la gente hablándole y diciéndole cosas". Graba en al aire la mejor definición de la eternidad para los macarenos: "Y pensaba en esos momentos "yo quiero estar aquí toda mi vida, el reloj para tirarlo".

La Virgen, siempre Ella, es la única patria de Luis León. A Ella regresa a cada instante, hablando sobre Ella se siente a gusto y amparado. No le cabe ninguna duda de que la Virgen de la Esperanza más que hacer milagros, actúa y vuelve más amable y luminosa la existencia de los suyos. No quita lo doloroso de la vida, Ella da coraje y arrestos para afrontarlo con el horizonte cierto que dibuja su entrecejo. Este macareno lo sabe mejor que nadie, lo ha vivido en multitud de ocasiones. "Había dos hermanas, y una estaba enferma, creo que con un cáncer de estómago. Martínez me pidió un día que le acompañara a llevar unas estampas de la Virgen a esa mujer. Llegamos a su casa, y veo que Manolo se le acerca para darle las estampas. A la mujer le costaba muchísimo hablar, casi no se le entendía porque lo hacía muy bajito. Martínez pegó la cara a ella para enterarse de lo que decía y la mujer, como pudo, le dijo "muy dura, muy dura". Nos quedamos los dos sorprendidos. Su hermana, que estaba allí, nos explicó que picaba las estampas con una tijera y se las comía. Yo me harté de llorar".

Cuando habla de la Virgen "entrego la cuchara", va brincando de un recuerdo a otro, sin orden cronológico, sino a los impulsos de su corazón verde. En su imaginación se coloca ahora delante del paso. Su semblante no engaña, es feliz recordándolo. "Yo le decía a los policías que no hicieran nada, que no tocaran a nadie que se acercara, que allí delante no se echaba a nadie. No me asustaba la bulla. La Virgen tiene que ir así, entre miles de personas. Había algunos que llegaban con malas pintas, y le decía a los míos que no los echaran... y al final muchos de ellos se arrodillaban delante de Ella y le rezaban, solo querían tenerla cerca ¿quién era yo para quitarlos de allí?". Si hay un estilo León de mandar, se caracterizaría sin duda por la manera de animar a sus costaleros, que no solo hacía crujir los corazones de faldones para dentro, sino que provocaba emociones intensas en el público que rodeaba a la Virgen. Dicen los libros que cuentan la historia macarena que el paso de la Esperanza se culminó a finales de la década de los sesenta, pero es mentira, ese palio no estuvo rematado hasta que le pusieron delante la voz de Luis León. Orfebrería hecha de voces y bordados con el oro de las palabras, esa es su obra, intangible pero eterna. "Soy hombre de palabras cortas, no sirvo para escribir ni hablar. Me he criado en el campo, donde he manejado a la gente en las tareas. Casi no sé hablar, ni yo mismo me entiendo muchas veces, pero allí delante... no sé. No me preparaba nada de lo que decía, me iba saliendo sobre la marcha. Luego no me acordaba lo que había dicho, era incapaz de repetirlo". Uno de esos momentos era la llegada de la Virgen al convento de las Hermanas de la Cruz, la Esperanza frente a las esperanzas con toca de miles de ancianos y enfermos. Como capataz se queda con este

encuentro, era la culminación de la madrugada, lo mejor de la Estación de Penitencia. "Perdía el sentido de todo. Yo no sé lo que decía ni lo que mandaba. Esos cánticos de las Hermanas eran para morir. Allí me hubiera muerto a gusto, sin pena. La gloria debe ser muy parecido a ese momento".

Defiende que el paso de la Virgen es único, su manera de moverse es incomparable. "No sé si el palio tiene algún secreto. El secreto es Ella, y ya está". Incluso pasados algunos años, Luis no deja de asombrarse del prodigio que llevó bajo su mando. "Levantábamos el paso en Montesión en la misma rampa que ponen para meter a la Virgen. Levantábamos al cielo, fuerte de verdad, aquello era maravilloso y no le pasaba nada al paso. Es prodigioso". Aquella manera de andar, admirada por todos, se debía "a los corazones que latían allí abajo". "Sacaba en primera y última diez costaleros, cinco y cinco, y en las demás tres de relevo por trabajadera. Cuando tocaba relevo se iban saliendo y algunos preguntaban si podían quedarse debajo. Ellos la sienten, debajo de ese paso es distinto a todo, no se parece a nada". Un capataz que admiraba a sus costaleros, comprometido con una manera de hacer las cosas, con un estilo inconfundible, que él mismo fue puliendo con detalles como la música que acompañaba a la Virgen. "Me di cuenta que el tambor del Carmen de Salteras no iba con el son nuestro. Cogía mi coche y me encajaba en Salteras todas las semanas en los ensayos de la banda para decirles cómo debían tocar el tambor, al son siempre del paso de palio. Por eso el Carmen de Salteras ha encajado tan bien con la Virgen".

En este largo repaso a sus recuerdos también hay sitio para las anécdotas jocosas, casi canallas, que él cuenta sin apuros a sabiendas de que algunos le criticarán por narrarlas sin maquillajes. "Aquel año Manolo estaba ya malito, Antonio venía conmigo. Le dije que cogiera el paso para pararlo delante de su padre. Al levantarlo, el fiscal quería que corriéramos, y nos llevamos el paso sin recrearnos. Apareció una chavala con un móvil de esos antiguos, como un ladrillo de grande, y se puso delante del paso. Yo la escuchaba hablar por el móvil "Mamá, mamaíta, ya estoy aquí delante de la Virgen". Al rato me pidió una levánta por su madre, que estaba muy malita según ella. Se llevó así toda la calle Feria, y yo "chiquilla, ahora cómo voy a dar una levánta por tu madre, me van a echar, si tenemos que adelantar porque vamos tarde". Total, que al girar de Feria a Relator, se viene para mí y me dice "tú serás el capataz de la Macarena pero eres el más hijo de... que hay en Sevilla". Me puso de vuelta y media, pero aquello tuvo tanta gracia y le salió tan de corazón, que me fui para ella, le di un abrazo y le dije "Ea, pues ahora te vas a venir un rato aquí conmigo delante de Ella".



"Tengo miles de anécdotas. Tenía mucho interés en que tocaran Pasan los campanilleros en carrera oficial. Le dije a Joaquín que me gustaba la marcha y me contestó que se lo pensaría. Me llama un día, "Luis, la vamos a tocar pero vamos a hacer una cosa. Al girar de Duque a Campana paras el paso y al levantarlo tocamos la marcha, pero al llegar al palquillo paramos". Así lo hicimos. El paso levantó con Campanilleros y la gente se puso en pie. Entonces llegó alguien de la cofradía para advertir que esa marcha estaba prohibida, y Joaquín dijo que se tocaba bajo su responsabilidad. En el palquillo, uno de allí, un malaje, le dijo que la marcha estaba prohibida en carrera oficial. Joaquín le respondió que la Virgen todavía no había entrado en la carrera oficial... itoma ya!" Así es Luis León, vive con una pasión casi propia de hooligan las cosas de la Hermandad de la Macarena y, sobre todo, las de la Virgen de la Esperanza. A estas alturas nadie va a cambiarlo, ni nadie quiere hacerlo.



Es fiel a sus convicciones tanto en la manera de mandar como en las cuestiones de la Hermandad, aunque molesten a otros. "Paso andado, paso ganado; hay que andar siempre", es una de ellas, heredada de su maestro. Otra de sus convicciones se llama Miguel Loreto, al que considera el mejor capataz que el Señor de la Sentencia ha podido tener. "Miguel tiene su arte, y dije que podía ser capataz. Además era mucho del Señor. Lo metí debajo el primer año y se ganó a la gente. Ayudó muchísimo a los costaleros, era muy positivo, y la gente lo respetaba debajo. Ha sido el único capataz que se ha llevado treinta y cuatro años en la Macarena. Eso sí, había que estar encima de él, pero era muy bueno".

Dejar el martillo de la Esperanza es una decisión dura. Luis León cierra su historia como capataz de la Macarena con un nuevo gesto de valentía que sumar a los anteriores que marcaron su devenir en la Hermandad y la cofradía. Irse en la madrugada de 2001 fue la decisión más valiente de este macareno, y la más desgarradora. "El último año fue muy duro. Yo sabía que era el último. Le dije a mi familia que se fuera de mi casa, me vestí solo, sin nadie. Había que dejarla ya. La Virgen tiene que salir con sus hermanos y yo seguía sacando el Cristo del Amor porque había sido mi primer paso. El costalero macareno tiene que ser de aquí, igual que el capataz, y darse aquí entero, vaciarse. Ya no podía estar más delante de Ella". Se le humedecen los ojos al revivir aquel momento sin vuelta atrás. Ahora habla más pausadamente, como

queriendo paladear esos instantes finales aunque sea en su imaginación. Su voz se ha vuelto tierna, casi desamparada. "A medida que nos acercábamos a la Basílica empecé a llorar, aguanté toda la noche pero llegando aquí ya no pude más. Se corrió la voz, y antes de entrar, ya empezaron a darme besos y a decirme cosas. Me rompí, como un niño chico que no puede aguantar el llanto. Pero esto muy grande, y hay que respetarlo, está por encima mía, así que me tenía que ir. Y me fui con todo el dolor de mi alma".

Se fue con las entrañas rotas por la certidumbre de que ya no habría segundas partes. Sus manos ya no serían más los pies de la Virgen, ni su voz el gps de la Esperanza. Era definitivo, es definitivo. "Yo no cojo más el martillo, ese llamador para mí es sagrado. No volveré a tocarlo más, ni para hacer una llamada. Mi última llamada fue por la Hermandad de la Macarena, con esa me despedí para siempre".

En la delantera de su paso ha recibido la catequesis de la Esperanza, ha aprendido a fuerza de mirarla y de mirar a los que la miran el catecismo de su cara. Ante este sagrario, donde se guarda anunciando, se custodia mostrando, la esperanza de los mortales y la certeza de los reencuentros, este macareno ha hecho, madrugada tras madrugada, su profesión de fe, tan clara y sencilla como es él. Sin tapujos ni maquillajes, mirándola a los ojos, repitió, y lo sigue haciendo cada vez que se vuelve a encontrar con Ella, el "Así lo confieso, así lo creo". Y una vez más, ahora sentado

en uno de los salones de la que es casa de la Esperanza, su Basílica, Luis vuelve a hacer profesión de su fe macarena. "La Esperanza es todo. Soy católico, apostólico y no romano, porque me gustan más los armaos. Ella me lo ha dado todo. Donde yo haya llegado ha sido por Ella. Donde más he disfrutado ha sido aquí, delante de Ella. Me ha ayudado en todo, con mi familia, más no me pueden dar. En mi casa tengo a cuatro hijas que se llaman Macarena. Esto a mí me llena, recuerdo todos los momentos a su lado, y luego no me acuerdo ni de los nombres de mis nietos ni de mi mujer. El día que me muera, como no la vea allí arriba, me voy a otro lado... pero seguro que está".

Este macareno inclasificable e inimitable, de corazón tan grande como su estatura, arría el paso de sus recuerdos con una llamada genial, una sorpresa que ha preparado para la ocasión. Desdobla un papelito que trae guardado en el bolsillo interno de su chaqueta, junto a una estampa plastificada de la Virgen de la Esperanza en blanco y negro y una fotografía de la primera cuadrilla de costaleros macarenos del palio con el cuadrante de aquella ocasión por detrás. Es un "poema a mi aire", un racimo de versos, que recita en voz alta como despedida y que resume una personalidad única:



"Vosotros, armaos, costaleros, nazarenos, de la Hermandad que no es necesario nombrar llegaremos hasta el cielo sin carné de identidad"

Así es este macareno, en estado puro, sin aditamentos ni colorantes. Así seguirá siendo aunque la oscuridad de su memoria se trague los recuerdos. Este es el capataz que intimó tanto con la Esperanza que se permite hablar de Ella sin decir su nombre. Este es el hombre auténtico que a fuerza de valentía lo ha sido todo como macareno y capataz. Este es Luis León Vázquez, capataz de la Esperanza de los macarenos.

